

Lucía Saiz Padrones

## RECUERDOS DE MIS VIVENCIAS

Estoy un poco afónica y hay mucha bruma baja, así que decidí no salir, así como me dicen mi hija pequeña y mis nietos que lo haga. Así va la historia de mi vida, o lo que ya puedo recordar a mis 80 años. Ya fallo bastante de memoria, aunque sí recuerdo más lo anterior que lo presente.

Nací en Poza de la Sal un 19 de enero de 1927. De padres humildes, que mi padre siempre decía que sólo era rico en hijas y en salud, que no es poco.

Por razones económicas mis padres salieron de Poza a Rojas, a 11km de Poza, cuando yo contaba nueve meses. Yo sí que debía ser débil de salud, pues tan malita estaba que me dieron por muerta y pasaron mi cuerpo a otro cuarto que no se usaba. Pero dado el caso, avisaron a mi abuela Gregoria (madre de mi padre, pues mi madre no conoció a la suya, la perdió cuando tenía dos años). Así pasó mi abuela a verme y le dijo a mi madre: "Anastasia, ¡la niña respira!". Mi madre no la creía, pero sí estaba viva. Llamaron al médico otra vez, me cambiaron de alimento y fui mejorando.

Para entonces ya vivíamos tres hermanos más y otra que ya había muerto: Teresa, la mayor (1919), Urbano, que nació en 30 de octubre de 1921, Felipa, 5 de

junio de 1923, Evaristo, 24 de octubre de 1924 y Lucía, 19 de enero de 1927, que soy yo.

Como ya he dicho me dieron por muerta y mi padre hizo una caja con maderas y forrada de papel, por eso cuando paso por aquel pueblo me llaman la Muerta. Y fueron llegando más hermanos: el 14 de mayo de 1928 nació Ascensión, que pronto falleció, el 30 de septiembre de 1929 nace Gregoria. Todo esto por referencias de mis padres. En adelante ya recuerdo yo cosas, como el nacimiento de los gemelos José Luis y Carlos, nacidos el 2 de noviembre de 1930. Recuerdo como mi madre lloraba porque sólo tenía ropa para uno. Pero había unas señoras que pasaban largas temporadas en Rojas y al salir de la clase, llamaron a mi hermano Urbano y le dieron una gran bolsa de ropa. Entonces sí que mi madre lloró de alegría, pues ya estaban sorteándolos para echar uno al hospicio. Incluso recuerdo bien que Urbano le daba sopas de ajo a uno y mi madre al otro, y los distinguían por su ropa. Pero esto duró poco porque murió el uno y el médico le dijo a mi madre que pronto se iría el otro. Y así fue, sólo tardó quince días más en morir. Lo que no recuerdo es lo que tuvieron. Gregoria tenía celos de ellos, pues era muy pequeñita, y siguió mamando después de todo.

Así fui creciendo. Pasaba el tiempo deprisa. Yo fui siempre muy movida, cuando mi madre, aprovechando que estábamos dormidos, se iba a arreglar una pequeña huerta, ya que alguien les dejaba un trozo de tierra, yo me salía de la cama y, aunque el portal estaba cerrado con llave, yo me salía por el agujero de las gallinas. Cuando fui mayor vi el agujero y dije: “¿cómo sería yo para salirme por ahí?”. Con el culo al aire y la ropa en la mano buscaba a mi madre, que siempre me reñía.

Hay varias anécdotas que yo recuerdo y aun están vivas en mi mente, como un día en el que había unos bueyes uncidos o con el yugo puesto a los que siempre les echaban a beber agua. No había nadie por allí, pero aparecí yo y, como si en brazos me cogiera, uno de ellos con sus dos cuernos me metió de cabeza al pilón o bebedero. Todos chillaban. El dueño de los bueyes se los llevó a casa y me sacaron del agua sin más consecuencias que un buen remojón y la pérdida de un pendiente. Estos bueyes corneaban y no eran mansos, por eso mi madre decía siempre que yo era un demonio. Un día me dijo que si fuera buena ya me habría muerto cuando estuve mala.

Ya en el año 1931 mis padres se cambiaron de pueblo, fuimos a Salinillas de Bureba. Allí nació Benedicta el 7 de julio de 1933. Aquí ya contaba yo con cinco años. Salinillas es un pequeño pueblo con no más de veinte vecinos o familias. Para ayudar a la economía de la casa mi madre puso una taberna o cantina en el

bajo de la casa y no se me olvida el día de la implantación de la República, venían los hombres a la cantina cantando contra el clero y otras cosas como:

Chiquillos a la escuela,  
mujeres a fregar,  
hombres a la taberna,  
¡Viva la libertad!

O ésta:

Si supieran los curas y frailes  
la paliza que le van a dar  
subirían al coro cantando  
confesión comunión general.

A los curas les capan este año,  
Dios quiera que no capen a mi amo  
que me tiene ofrecidas unas medias  
si le capan me quedo sin ellas.



No se bien que gobierno había entonces, creo que era Manuel Azaña. Por aquel entonces echaron al rey Alfonso XII de España.

Allí, en Salinillas de Bureba, yo empecé a ir a la escuela y me escapaba o me pegaba con las niñas, sobre todo con la hija del maestro don Pablo, que me tenía manía. Yo la pegaba en defensa porque ella me daba primero, pero yo daba más. El maestro me ataba a la pata de su mesa.

Mi hermano Evaristo y yo siempre íbamos juntos a todas partes. Cuando íbamos a coger moras yo me rompía el vestido. Mi madre renegaba siempre, mi padre reía. También cogíamos topos, pues una señora se hizo un abrigo con estas pieles. Se llamaba Domitila y fue la madrina de Bene. Otro día, cogiendo berros, mi hermano Evaristo saltó sobre un palo, éste se escapó y se le clavó en el ojo. Lo subieron a Burgos y, gracias a Dios, no perdió la vista, pero no se le veía el ojo para nada.

Un día de Todos los Santos yo estrené unos zapatos con los que recorrí el pueblo, no sé las veces. Para que todos los vieses yo a todos se los enseñaba. Pero como llovió mucho por la noche los traje a casa como una alcachofa, o sea, como para tirarlos.

Recuerdo otro día que mi madre hizo churros, y como mi padre siempre fue asmático, con el humo del aceite creímos que se moría. Lo sacaron a la calle y se le fue pasando.

Felipa siempre fue llorona y miedosa, yo nunca. Con los chicos, mis dos hermanos Urbano y Evaristo, la hacíamos miedo. Un día de Nochevieja le dijimos que andaba un hombre por la calle con más ojos que días tiene el año. Ella lloraba siempre, yo no paraba ni dormida.

Aquí nació María, otra niña. Según mi madre, se fue pronto al lavadero a lavar la ropa y tuvo que romper el hielo. Ella sintió algo y la niña nació muerta.

Entre Salinillas y Santa Casilda cogíamos unas piedras hexagonales que vendíamos a los que venían a visitar la ermita. Decíamos que eran para el dolor de muelas. No sé si la fe les quitaba el dolor, pero sí que vendíamos muchas a 10 céntimos cada una, y por 15 céntimos dos, tres un real o 25 céntimos. Así que desde muy pequeñita me enseñaron a ganar lo que comía, ya que el número de hijos sí aumentaba pero no el sueldo de mi padre. Aunque en cada sitio o pueblo que vivían le daban tierra para patatas y otras cosas que a mi madre le gustaban mucho.

En 1934 pasamos a vivir a Buezo, que está debajo de Santa Casilda. Allí nació Alvina. Al nacer ella mi madre estuvo a las puertas de la muerte, mi padre lloraba y nos decía: “¡hijos, nos quedamos sin madre!”. Todos llorábamos. A mi me mandaron que llamara a la señora Gregoria, que en el pueblo hacía de partera o comadrona. Vino corriendo a pesar de la nieve que había. A mi madre le pusieron en la cabeza la boina de mi padre llena de nieve y otra en el bajo vientre. Así fue mejorando. Como ya he dicho había mucha nieve y no se podía avisar al médico que tenía que venir de Rojas. Recuerdo la nieve que, como las calles eran muy estrechas, se unían los tejados y se hacía senda para ir a la escuela. Así pasábamos por un blanco túnel que yo ahora lo recuerdo precioso. Yo decía: “¡qué blanca es la nieve padre!”. “Sí, hija. Pero es muy negra si no hay qué comer”. Por sitios tenía como metro y medio.

Así pasó un mes y la perrita lloraba. Le pregunté a mi padre por qué lloraba y dijo que iba a tener perritos. Allá me ves corriendo yo a avisar a la señora Gregoria para que viniese. Se desternillaban de risa. Y sí que vino, pero para reírse más en casa con mis padres.

Como ya he dicho, Buezo está a 500 metros de Santa Casilda, donde hay un manantial llamado el Pozo Blanco y otro el Pozo Negro, que se dicen el lago de San Vicente y Santa Casilda. El agua discurre por un arroyuelo donde con mi her-



Familia Saiz-Pradones, año 1941.

mano cogíamos cangrejos a mano. Allí aprendí. Evaristo me dijo por cierto sitio que parecía más estrecho: “¡Salta Luci!”, “¡qué no!, ¡que está muy lejos!”, “¡Salta que yo te agarro!”. Y sí salté, al medio del agua. Así fui a casa, como un pato, como si mi madre no tuviera nada que hacer con siete críos.

A Felipa la pusieron a cuidar niños, Urbano dijo que quería ser fraile y se fue a Bujedo, cerca de Miranda de Ebro, Evaristo y yo siempre traíamos a casa algo, sin hacer daño a nadie. Si no eran setas eran caracoles o cangrejos, pero a la hora de la clase siempre a la escuela. Mi padre siempre procuró que no fuéramos anal-fabetos como ellos lo fueron. Mi padre aprendió a leer en la mili.

Como íbamos creciendo, en verano nos ponían a cuidar niños. En abril pasamos a vivir a otro pueblo, Barrio de Díaz Ruiz. El día 18 se murió mi abuela Gregoria. Yo la quería mucho.

Urbano ya tenía una bici y con ella me llevaba a mí a las fiestas de Poza. Y, hablando de fiestas, recuerdo que desde Rojas subíamos a Poza, 11km en la burra. Uno en la burra, otro detrás del mayor, uno a cada lado de las alforjas y otro delante. Cinco en la burra y mis padres andando. Yo les recuerdo los más felices del mundo. Las fiestas de Poza para los pozanos son especiales. También había toros y una feria en la que se vendía de todo: cerdos, legumbres, sal, sobre todo.

En julio del 35, en verano, yo contaba ocho años. Me pusieron a cuidar un crío que tenía tres años y seguía mamando pecho. Por eso su madre no iba al campo y me mandaban a mí, y a lavar la ropa al río, unas sábanas de lino que mojadas pesaban más que yo y no era capaz de aclararlas bien. Y la abuela me pegaba en la cabeza con una llave de medio Kg., ¡me hacía cada bollo! Yo lloraba, creo que fue el año que más lloré en mi vida. Me trataban muy mal. Me levantaban a las cuatro de la mañana, ellos a segar y yo a recoger la mies para hacer las haces. Un día me mandaron al molino a Busto, 3km, y en el camino se me cayó la carga de trigo. Yo a llorar, y, como decía mi madre, cuando te veas en apuros llama a la necesidad. Y así llegaron dos hombres que vendían cerdos negros por los pueblos y me ayudaron, aunque yo tuve que decirles como poner el saco y los brazos para cargarlo. Yo sujetaba la burra en la cuneta para que fuera más fácil. Eran extremeños.

La jefa tenía en la casa de alado una hermana con cuatro hijos: un chico de 14 años muy malo, otro de 12 bueno y dos chicas, una de 10, mala también y chivata y otra de 8 que fue mi amiga cuando podía. Un día me mandaron a llevar el almuerzo. En el camino salió una codorniz y un montón de pollitos. Yo los que-

ría coger, y de tantos no fui capaz de coger uno, pero sí perdí tiempo y el almuerzo debió de llegar frío por lo que la bronca fue sonora.

A las diez y media ya estaba la parva tendida para trillar. Allí me ponían cuidando que los bueyes no se parasen ni se saliesen de la era, y vueltas y más vueltas en el trillo. Yo no podía aguantar el fuerte sol, me dolía la cabeza y no me sacaban. Hasta que llegó mi padre (que en verano le daban permiso en la diputación, pues no he dicho que era caminero) y se puso de agostero para la hermana de mi jefa y vio cómo me trataban. Un día después de trillar llevaba yo los bueyes a pacer. Yo me dormía en el campo y Eliseo, el chico bueno me los cuidaba, pero alguien se chivó y le mandaron a él por otra parte. Les picó la mosca a los bueyes que yo cuidaba, se fueron por otros trigos y me pusieron 15 céntimos de multa que, por cierto, me los descontaron de la paga, que era un duro mes. Al acabar la recogida del verano, a casa.

El verano de 1936 fue mucho mejor que el anterior. Fui a La Vid de Bureba para julio y agosto, pero hasta el 7 de octubre no me dejaron volver a casa porque el día 7 eran las fiestas del Domingo del Rosario.

Yo era una niña más, pero estaba muy enseñada a cuidar de mis hermanos, así que cuidaba a dos, una niña de tres años y un niño de cinco que era autista y no hablaba, pero era encantador, me quería mucho. Yo cantaba con ellos y jugaba con ellos, y no iba al campo, con que cuidase de los chicos ya eran felices, y yo más.

El 18 de julio estalló la Guerra Civil. Yo estaba en La Vid de Bureba y vinieron recogiendo a todos los que eran de izquierdas y los llevaron para matarlos. Yo me asomé a la ventana y dispararon y cerré ligera. Hubo muchas muertes injustas, como ahora pasa con ETA. Mataron a un padre y dos hijos atados con cuerdas en el monte, así, sin enterrar. Y otros dos hermanos contratistas que dejaron cuatro hijos uno y cinco el otro. Los hijos eran de mi edad y de la de mis hermanos. Se sufría mucho, con sólo ponerse la camisa azul con el yugo y las flechas. Mi padre bajó a comer a casa al oír a quién iban a coger para avisar al vecino. Éste no hizo caso y le llevaron, y nunca se supo de él ni de su hermano.

Ese año yo hice mi primera comunión y recuerdo muy bien que me hizo mi madre un vestido blanco con dibujos de ruedas de molino redondas y aspas de los vientos. Yo era la más feliz. Y alpargatas nuevas. La hicimos nueve chicas, sólo dos de largo. Allí éramos muchos críos, aunque el pueblo tenía 22 vecinos casi todos tenían de cinco a diez hijos. Éramos muchos. Teníamos un maestro que nos enseñó a cantar la misa de Ángeles. Cantábamos todos los domingos en el

coro. Era precioso todo. Aun lo recuerdo, por eso dicen que lo bien aprendido tarde se olvida. También cantábamos villancicos. Y en Semana Santa también se hacían visitas a los monumentos que se ponían en las iglesias. El sábado de Gloria se iba a la iglesia por agua bendita para regar la casa y así no pasaban cosas malas durante el año. El día de Pascua, en la misa de Gloria, se cantaba a la Virgen. En la procesión se hacía un encuentro con Jesús resucitado y decía a la Virgen:

Quítala el manto a la Virgen  
quítala el manto enlutado  
y déjale el de alegría  
que su hijo ha resucitado.

Y de vuelta a la iglesia se cantaba:

Salga señor cura, salga  
salga de la sacristía  
a decirnos una misa  
porque lo requiere el día

¡Oh, que mañana de Pascua  
Oh, que mañana de flores  
Oh, que mañana de Pascua  
Ha amanecido, señores!

Oh que mañana de Pascua,  
Pascua de resurrección  
cuando las aves del mundo  
daban gracias al Señor.

Después nos cambiaron de maestro y fue doña Joaquina la que nos enseñaba en clase a bordar y a hacer punto de cruz. Era muy cariñosa.

Por aquel verano yo subía a Solduengo a cuidar a una niña preciosa, Julita. Allí sólo un día que la mujer estaba mala me llevó a acarrear, sólo a pisar los haces de mies. Pero resultó que en uno salió una culebra y di un gran salto. Ya no subí más al carro. Daniel se reía. Otro día me mandó con una cesta al guindo por guindas. Me lié a comer y lo que llené en lugar de la cesta fue la barriga, y cogí una gran canalera. Y no llevé a mis padres, que si lo sé me hubiera dado prisa en llenar la cesta. Así era yo de tontorróna.





**Familia Saiz-Padrones, año 1941.**

Casi todo el año yo iba a Briviesca con la burra a por el pan de racionamiento, pues desde la guerra todo estaba racionado, el pan, el aceite, el jabón, el azúcar, las legumbres, no había telas... Hasta nos daban racionado el azúcar de higos y aceite de coco. También con la burra iba en junio con mi padre a la sierra a cortar los brezos para hacer escobas que yo vendía por los pueblos con dicha burra. Mi padre las clavaba un clavo en el mango al brezo, así no se sale el mango. En una ocasión coincidí con otro vendedor y les demostré a las mujeres que las mías estaban mejor hechas. Así, puse en las suyas un pie en el brezo y la mano en el mango, su escoba fue a paseo y con las mías no pasaba eso. Así las vendí todas en seguida. Otro día en el camino un señor me compró todas a 2,25 cada una, y le pedí a 2,50. Cuando fui a casa tan pronto sin ellas mis padres se extrañaron y yo les dije "¡me las han quitado!". Mi padre con su buen talante dijo: "no te preocupes hija, el sábado traeremos más". Cuando les di el dinero mi madre decía que yo era un bicho malo.

Aquí ya nacieron más hermanos. El 18 de julio de 1937 nació Damitila, que, por cierto, era preciosa, con unos ojos negros y muy bonita. Como si fuera ahora recuerdo que se murió a los 14 meses, el día de San Cosme, día de la fiesta de Poza, de un ataque de meningitis. Parecía que se volvía loca. A mi me dio mucha pena.

El 5 de noviembre de 1938 nació Andrés. Recuerdo que aquel día ya había ido con mi padre a Poza y trajimos un cerdo en las alforjas de la burra y una piedra al otro lado.

El día 25 de junio nació Hipólito. De éste yo fui madrina en el bautizo, en 1941, año en el que yo ya estaba en Vitoria. Aunque me escribía con mis padres, yo añoraba mucho volver a casa, por eso volví y fui madrina del niño, con Urbano de padrino.

En el 1941 yo estaba en Vitoria. Tengo gratos recuerdos. Cuidé un niño rubio, José Ignacio, de año y medio, precioso. Su madre estaba delicada y sólo tuvo dos meses para enseñarme las costumbres de la casa. Allí aprendí a frotar el brillo de la tarima y muchas cosas que yo no sabía porque yo había estado en el campo. Por las tardes sacaba al niño de paseo. El hombre era camionero. Un día fuimos los cuatro con el crío al campo. Yo jugaba y corría con él, así que el niño estaba sorprendido de su libertad, y yo dije: “está gozando más que un burro en un berzal”. ¡Cómo se reía el matrimonio! Después lo repetían muchas veces cuando el niño reía.

Luego pasé a otra casa de más categoría. Allí estábamos dos chicas, Anuncia y yo. Pero tenían comercio y siete hijos, el abuelo, el matrimonio y las dos chicas. Yo me encargaba de limpiar los zapatos, llevar dos niñas al colegio y pasear al más pequeño, Fernandito, por la Florida. Allí ya estaba Felipa, que fue la causa de ir yo. Todos los días nos veíamos en el parque de la Florida. Ella ya era novia de Eusebio, que estaba de soldado. Yo no quería estar en Vitoria, así que me fui al nacer Poli.

Estando yo en Vitoria en el año 41 hubo un gran incendio en Santander, se quemó media ciudad. Fue muy sonado.

En 1942 estuve en Vileña con una señora viuda de un médico. Era muy mala y desconfiada. Sólo estuve seis meses. De allí me fui a Briviesca. Estaba muy a gusto, se comía muy bien. Tenían varios negocios y muchas fincas, así que no faltaba de nada. Leche, la que quería, tenían una vaca, palomas y pichones, un gran gallinero. Vendían patatas al por mayor y maquinaria agrícola. Lo llevaban sus dos hijos, que uno se metía conmigo, por eso me marché a casa.

Urbano estaba ya en San Sebastián de militar y me llamó.

El 14 de octubre de 1943 vine a San Sebastián a casa de Marcelina, una prima de mi madre. Estuve cinco días en su casa y me buscó casa para servir en la calle Easo N° 37, 2º, con una familia de un matrimonio y cuatro hijas solteras, las cuatro maestras. Allí ya tenía yo 16 años. Me enseñaron mucho de todo: de punto, de cocina, limpieza, y cómo organizar la casa con los tiempos que corrían, ya que seguíamos a racionamiento. Yo era muy dormilona. Ellas todos los días iban a misa y me despertaban al irse y volvían y me encontraban en la cama.

Allí estuve dos años. El primer año que estuve en San Sebastián, los domingos, con amigas que hice en la vecindad íbamos al Colegio Dominical del Sagrado Corazón, en el alto de Miraconcha. Nos daban charlas y, a veces, nos enseñaban a coser. Nos daban puntos por asistencia y si no tenías faltas a fin de curso te daban un regalo. A mí me dieron tela para hacerme una bata de percal muy bonita. Entonces no había tergal ni plásticos, empezaron en el 48, con unos impermeables de plexiglás, así los llamaban. Ya con más amigas cambiamos el colegio dominical por el baile. Entonces había bailes públicos en Chomin y en Pasajes, Rentería y Hernani. En Igueldo valía la entrada tres pesetas, en el salón Victoria 5 Pts. Era caro para 55 Pts al mes que ganaba. Así ya empecé yo a tontear con chicos, pero tenía mucha guasa y... fui a coger a un pozano, de lo que no me arrepiento.

Me fui de esa casa para ganar 5 Pts más y pasaba más hambre que un ladrón. Era en la platería de Satostegui, en Easo 8. Sólo éramos la madre el hijo y yo. Sólo pasé 10 meses. Cogía gente en verano a dormir. Yo trabajaba mucho aquel verano, les lavaba la ropa. Fue ese año cuando yo abrí mi primera libreta de ahorro y fue también ese año que yo fui a fiestas de Poza y conocí a Félix. A mi hermano no le gustaba, pero ya empezamos a escribirnos. Así pasó un año. Yo volví, pues iba casi todos los años a fiestas. De esa forma le dije que si quería se viniera aquí. El estaba en Valladolid, en un colegio de ayudante de cocina. Por lo menos no estaba a racionamiento.

En noviembre de 1944 Felipa se casó. Si me lo hubieran dicho antes yo no habría ido a fiestas. Así que como no tenía dinero no fui. Pensaba comprarme un abrigo y ni fui a la boda ni me compré el abrigo. Le di dinero a Urbano para que fuera él, que le dieron permiso.

En 1945 me cambié de casa y me fui a la calle Alfonso VIII con una señora sorda y muy exigente. Entonces yo tenía que cuidar de que no se fuera de madrugada un cura que era su cuñado y chocheaba. Tenía 85 años.

El día de Todos los Santos de 1946 vino Félix a San Sebastián para trabajar. Aquí mi hermano le buscó patrona en Pasajes, así que empezó a trabajar y justo ganaba para la patrona. Comía muy mal y le entró la prisa por casarse, pero no estaba yo preparada de nada, ni de ropa ni de dinero, y lo alargamos.

El día 12 de septiembre de 1947 se casaron Urbano y Catalina. Todos fuimos a Poza. Evaristo se licenció en agosto, y también se casaba en noviembre con Margarita, una chica de Hermosilla. Fueron a pedir la mano de la novia para casarse el día 22, que era Santa Cecilia, y pasó que el día 19 de octubre se puso muy grave, con una perforación de estómago. Los médicos no lo entendieron, se

le operó el apéndice y se le complicó pulmonía y peritonitis. Félix, que aun éramos novios, fue a buscar a mi madre, pues Margarita y mi padre ya habían venido, y justo llegó mi madre a las siete y media y a las cinco había fallecido. Fue para todos un golpe tremendo. Yo lo pasé fatal, pues siempre estuvimos muy unidos. De pequeños nos decías San José y la Virgen. Yo querría morirme para no pasar por aquello. Mi madre no tenía ni idea, parecía que había perdido el sentido. Después de dejar en casa a los otros pequeños, Bene, Alvina, Andrés e Hipólito, y recordando ella a sus hijos que murieron pequeños dijo: “¡como es el clavo se hace el agujero!”. Esto tardó mucho en pasarse. Los mayores dejan unos recuerdos, y éste dejó muchos. Evaristo siempre fue muy alegre y juguetero con todos, a mi madre le soltaba el delantal y la hacía renegar, y a los pequeños también, pero nos quería mucho.

Félix era muy aprensivo y pensó que él también tenía algo en el estómago. Todos lo pasamos mal. Fue varias veces al especialista y nada le vieron. Con el tiempo se fue mejorando y fue cicatrizando la herida de la pérdida de un ser tan querido. Se fue el mismo día de sus 23 años, después de pasar dos años de mili, porque entonces por Navarra había lo que se llamaban los maquis y pasaban más tiempo de la cuenta en la mili, Urbano estuvo más de tres años, por la Guerra Civil. Desde los 17 hasta los 37 todos los hombres estaban movilizados, o sea, en activo cumplimiento con la patria.

El año 1948 fue muy decisivo en mi vida. Ya haciendo planes de boda, Félix me daba la lata y decía que de septiembre no pasaba. Dado que sus apellidos y los míos coincidían nos buscaron parentesco, y no lo encontraron. Todo para pagar una dispensa o permiso del Papa. Y también hicimos una solicitud de 3000 Pts que daba el Instituto Nacional de Previsión. Sí me la concedieron, pero lo tenía que cobrar al mes siguiente de habérmelo concedido, y como ya la fecha estaba concertada no esperamos al día 1 de diciembre, puesto que la boda fue el 27 de noviembre. No lo cobré, con la falta que nos hacía.

Pero no he dicho que, para ganar algo más, me cambié de casa y me puse en casa de Paco Vives y María Juasberro, una casa que cogían gente a dormir en verano. Había mucho trabajo, pues yo después de hacer todo salía fuera de casa a limpiar escaleras y lavar ropa. Entonces no había lavadoras ni barniz en la madera. Todo se hacía con esfuerzo físico. Me querían mucho. Así que pasado el mayor trabajo de verano nos casamos. Salí de la misma casa a la iglesia. Estuvimos en misa mis amigas, el matrimonio Vives, un amigo y compañero de trabajo de Félix y el padrino Casiano, un marinero que estaba con la misma patrona de Félix. Ese día en Pasajes se fue la luz, pero Félix llegó a su hora a

casarse, a las siete de la mañana. Entonces se hacía mucho la diferencia de clases. Las chicas de servicio tenían que casarse antes de las nueve. Yo me casé de negro, pues llevaba luto de Evaristo.

En 1948 yo limpiaba también la panadería de Echeverría en la calle Fuenterrabía, y, aunque seguía el racionamiento, de los bollos suizos que les sobraron del día antes me dieron un montón de tostadas, hicimos un chocolate y con una caja de pastas que compramos se celebró la boda. Seguido nos fuimos a Bilbao de viaje y Casiano, el padrino, se vino también. Salimos de aquí a las once y media y llegamos a Bilbao a las cuatro, luego a Baracaldo, así que no comimos aquel día. Estuvimos en casa de Josefa y Aurora, o Jesús e Ignacio. Pasamos allí tres días. De allí a Poza, que como no vinieron a la boda ni mis padres ni mis suegros compraron una oveja y hubo carne para los parientes de las dos partes. Así se celebró la boda de otra forma. Así hasta el día once que llegamos de vuelta a casa y empecé a hacer vida de casada.

Entonces no nos casábamos como ahora, con todo puesto. Eran dos habitaciones con derecho a cocina y pagábamos 275 Pts, Félix ganaba 22 Pts al día y sí trabajaba horas. Y los sábados las mismas horas.

Yo seguí trabajando en la casa de los Vives. Así, después de dar la comida a Félix todos los días iba allí. Me pagaba 1 Pts la hora. Compramos un armario a plazos, la cama de segunda mano y me dio una mesita de noche y una silla. La mesa de cocina también usada, y así todo. María me dio platos usados y cubiertos y una cazuela. La madrina me compró con mis amigas seis platos llanos, seis soperos y seis de postre. Yo justo pude comprarme 10 sábanas, algunas toallas y las mantas. Esperaba que mi madre o mi suegra nos dieran una manta. Ni una ni otra podían y compré una en Poza, 150 Pts, sino ¿con qué íbamos a dormir el día en que veníamos? Además echamos la gabardina de Félix, piensa que era diciembre.

De esta manera yo procuraba no estirar el pie más de lo que es la manta y nos fuimos arreglando para hacerlo llegar. A los dos meses y poco yo me encontré con que devolvía y no tenía ganas más que de estar en la cama. Vivíamos en Villas Dobles 7. La vecina me dijo que estaría embarazada. A mi me hizo mucha ilusión, pero no a Félix, que le parecía que no teníamos para darle de comer. Félix siempre fue muy pesimista y de pocas decisiones, aunque sí muy trabajador.

En mayo del 49 nos pasamos a vivir a la casa Orive, que ese año se acabó, con las mismas condiciones de rentas y también dos habitaciones, con un peluquero de Pasajes que se iba a casar y eran dos socios. El otro cogió piso arriba, en el 4º piso. Hasta que se casaron yo les daba de comer aquí, Benito y Eugenio

Mauleón, que, por cierto, era muy gracioso contando chistes. Pero éste se quejaba del estómago y en poco tiempo se fue con un cáncer de estómago. Me dijo que me compraría los primeros zapatos para mi niño, pero no llegó a conocerle. Se fueron los dos.

Isidro y Andresa se fueron a Rentería a vivir y yo cogí otra vecina que se portó muy mal, me pagaba mal y andaba de cabeza para pagar la renta, que era de 560 Pts al mes. Entonces nos pagaban los puntos o plus familiar cada tres meses.

Pasé el verano con mi embarazo. En septiembre Félix se fue a sus fiestas de San Cosme en Poza. Yo me fui a casa de María a dormir mientras él estuvo en el pueblo. El día 15 de octubre nació mi hijo Jesús, 3,820 Kg., era un niño precioso, aun veo su carita. A fin de mes se puso malito, le llevé al médico de cabecera y ese fue mi error, porque no lo entendió y casi ni le miró. El día 2 de noviembre se me murió. Nunca olvido ni la fecha ni el momento que le di el niño llorando a Félix. Yo puse a calentar compresas porque respiraba mal y al momento cogí al niño y ¡estaba muerto! Su cabecita colgó y di un grito que se levantó la vecina, y todos. Con la ilusión con la que yo recibí a mi hijo y me dejó los brazos vacíos. Yo estuve mal, pues tenía buen pecho y se me bajó para abajo y tuve muchas hemorragias. Se me ulceró la matriz y estuve tres meses yendo a curarme hasta que se fue normalizando. Lo pasé mal, y me acordaba de mi hermano Evaristo y dije que si me lo tenía que llevar Dios, mejor así que como mi hermano, con 23 años. Y me acordaba de lo que mi madre decía “¡Como es el clavo se hace el agujero!”. Esto no se me olvida nunca.

Así pasaba el tiempo. En 1950 tuve otra vecina, Paquita. Su marido era cobrador del Ocaso, tenía un niño de dos años y tuvo otro aquí. Entonces tenían a las mujeres nueve días en la clínica, así que yo me llevé al niño mayor a Poza de vacaciones y volví cuando ella vino a casa. Yo fui la madrina del niño, Manolito. Fui al médico, pues yo añoraba un niño mío, y en el año 51, el dos de septiembre vino Cristina. Cristina era muy buena y se criaba muy bien. Paquita y yo nos llevábamos muy bien. Ella compró una máquina de coser y era yo la que la usaba, ella no sabía.

El día 20 de julio de 1952 avisaron que el padre de Félix, mi suegro, se murió, sin ver a su nieta. Félix fue a su defunción y la abuela Luisa se quedó allí sola. También lo pasó mal. En septiembre, como cada año, fuimos de vacaciones y se recogió lo que tenían en el campo. Se vendió el burro y la trajimos aquí. El cambio para ella fue demasiado brusco y duro. Quería mucho a la niña y eso la distraía, pero no dejaba de mirar al campo.

En mayo de 1953, el día nueve, nació Miguel Ángel. Ella, la abuela, me los bajaba a la calle. El niño era su ídolo. Estaba chocha con él. Nació rubio y pelo rizado, como Félix, así que era su orgullo.

Paquita compró piso en Trintxerpe y se fueron. Yo amueblé las dos habitaciones que ella usaba y cogí chicos de patrona. Por aquí han pasado varios. Uno se me murió en casa. Era marinero y se dormía hablando. Otros me venían a veces bebidos. Hubo de todo, y la lucha por sobrevivir. Ya en el 54 quitaron el racionamiento, pero todo aparte de escaso, caro; no había ni telas.

En el año 1957 vino mi cuñado Eusebio a trabajar, que se colocó en seguida. Fue un buen momento, porque tenía las habitaciones libres. Y vino también mi hermana Felipa, con sus cuatro hijos. Estuvieron tres meses. Ella trabajó mucho más que él. Se fueron a vivir a Julimasene, en un bajo, y cuando pudo compró piso en Santa Bárbara. Por entonces. En el 56, se casó Alvina, que se colocó en la casa en la que yo estaba cuando me casé. Vivió en una habitación aquí en Herrera y casi todos los días venía aquí a casa cuando Rosaura era pequeñita. Después se fue a vivir a Loyola. Muchas veces íbamos y salíamos todos juntos. Hacíamos buenas caracoladas. Siempre nos hemos unido bien.

Por entonces, o antes, yo me traje a mi hermano Hipólito, que estuvo en casa como tres años y se fue después por que se enfadó con Félix. Vino aquí con 14 años y se casó con 20. Estuvo colocado en Ramón Vizcaíno. Después se salió y se puso por su cuenta de herrero. Fue mal, así que se fueron a vivir a Azpeitia. Allí trabajó con un patrón hasta que falleció con 46 años.

El 22 de agosto del 58 nació María Luisa, y gracias a que mi suegra desempeñaba muy bien el papel con los críos, sobre todo que me ayudaba secándolos, de paseo, etc. yo seguía en casa trabajando, pues entonces nos juntábamos 12, tenía cinco chicos.

Entonces se salía mucho con merienda cena que se llevaba de casa. Nos íbamos los domingos al Txingurri, que había una sidrería, a Zubiaurre, que ahora es restaurante, y a Pellizar, que hoy es hotel del mismo nombre, con otros matrimonios, y lo pasábamos bien.

En 1962 ya mi suegra andaba con descompensación de corazón y andaba delicada. Ya en casa no hacía casi nada, pues los críos iban los tres a la escuela, y como no tenía vecina yo iba por las tardes a trabajar de interina. Pero sí me hacía mucho sólo con abrir la puerta a los críos, y les daba la merienda. Para mí era una tranquilidad. Los niños venían solos de la escuela pública Romualdo de Toledo,

de Herrera. Entonces no había tráfico, casi nadie tenía coche por esta carretera, era más estrecha y bajaban muchos carros de caseros con las verduras a vender a la plaza y la leche que nos traían a la puerta.

El día 20 de julio por la mañana era viernes, entré a ver que hacía la abuela y ¡estaba muerta! No dio guerra ni para morir, nunca protestaba por nada. Un día me dijo recién venida que a ella de comer le diera sólo la sopa, que ella no lo ganaba. Le dije: “No lo vuelva a repetir, lo ha ganado antes, ahora a descansar”. Así diré que se fue el mismo día del mes que el abuelo Félix, con diez años de diferencia.

Después venían mis padres, pero ese año los quisieron tener Eusebio y Felipa, pero que le pagásemos todos los hermanos 50 Pts al mes y sacaba lo de una vecina.

Los tres hijos hicieron la Primera Comunión con ocho años, pero al poco de haberla hecho María Luisa, con unos patines que cogí con puntos del chocolate se cayó y cascó el brazo o la muñeca. La operaron, la pusieron escayola, pero no fue impedimento para no ir a las colonias de Rivabellosa, en La Rioja. También ese año fue M<sup>a</sup> Asun, la segunda de mi hermana Alvina.

Cuando Cristina tenía 14 años Félix y yo fuimos una semana a Valencia los dos, y se arreglaron bastante bien por primera vez solos.

Desde el 63 se construyó el barrio de Santa Bárbara. Ya en 1967 se pobló tanto que, seguido, se hizo Roteta y pusieron servicios al barrio: parroquia, ambulatorio, autobuses, asociación de vecinos, y de mujeres en el 68, escuelas y guarderías en el 72, urbanización de calles y alumbrado y, seguido, mucho comercio de toda clase, hasta siete de comestibles, farmacia, carnicerías, etc.

En el 67 ya Miguel Ángel empezó a trabajar en Medasa y, como fue el mes de septiembre, nos fuimos a Poza y él se quedó en Loyola con mi hermana Alvina, que, siendo la más joven de todos, acudíamos allí, y todos éramos mucho más felices que ahora. También Cristina se colocó en un taller de bordados de sábanas Blasmor, en el Paseo Duque de Mandas, también con 14 años. Y por las mañanas iba a Pasajes a la academia Urtasun. Así se preparó para el trabajo que tuvo en Acove, que empezó con 17 años.

Creo que ya mencioné antes que mi padre era asmático crónico y, a pesar de que aquí han venido algunas veces a pasar alguna temporada, en 1967 estaban con Bene y me escribió su última carta, que aún conservo, en la que me decía que iban a Berango a pasar con Gregoria el cumpleaños de Beremundo y de allí marchar a Poza. El destino quiso que no llegara a cumplir su deseo. El cumpleaños



fue el 26 de abril y el 28 se puso muy mal, falleciendo el día 30 de abril de 1967. y, porque también el destino lo quiso, Beremundo también falleció el 1 de mayo de 1971 con la bici en una carrera en la que corría Miguel Ángel. En este mismo año, del 18 al 25 de julio, yo fui a Portugal con la señora Faustina, un matrimonio a donde yo solía ir a trabajar aquí cerca de casa. Me llevaron para que a ella la ayudase un poco, pues veía muy mal y era diabética. Yo disfruté mucho el viaje. Estuvimos por varios sitios. La primera noche la pasamos en Villas Rubias, por la sierra de Gata (Cáceres), el segundo día a la mañana llegamos a Badajoz. Allí vinieron a buscarnos amigos suyos y con ellos a Portugal. Pasamos una semana estupenda. Cada día nos llevaban a un sitio distinto. A la vuelta dormimos en Coimbra y el siguiente día en Poza. Así, el 25 llegamos a casa.

En 1972 se operó Cristina de apendicitis. Yo a veces me reproché no haber estado más con ella. Sí, subía todos los días, pero sólo un rato porque yo iba a trabajar y lo podía haber dejado. Nunca me dio trabajo ni estuvo mala, a diferencia de Miguel Ángel, que a menudo cogía neumonías hasta que un día de Nochevieja le quitaron las amígdalas o le operaron. Después parece que se arregló bastante. Y por tener de todo también pasó su tos ferina, y con dos años tuvo una pequeña sombra en el pulmón. Fui a Poza con los dos, Cristina y él, mes y medio, la abuela Luisa se arregló aquí con su hijo.

Otro dato que no he mencionado es que en el 62 mi hermana Gregoria tuvo un accidente. Yo fui a verlos y traje a los dos hijos pequeños, Manoli y Bernardo. M<sup>a</sup> Carmen se quedó cuidando los niños de una vecina. Fue cuando Felipe se quedó cojo y Gregoria lo pasó muy mal. Pero con mucho esfuerzo, dolor y tesón consiguió andar bien, pues le hicieron bastante operación en su pierna y rodilla. Pues como digo, me traje a las dos criaturas. Entonces Felipa quiso que Manoli se fuera a su casa y así fue. Estuvieron cuatro o cinco meses. El niño tenía ocho años pero era muy bueno y cariñoso, y muy madrugador. Todos los días antes de ir a la escuela me traía el pan. Tenía mucha voluntad. Para todo se ofrecía el primero. Un día que fueron a la playa subió la marea y se quedó sin ropa el pobre. Lo pasó mal, tuvo que volver desnudo y pensando que yo le iba a reñir, pero me dio la risa viendo su cara de susto.

Como ya he dicho, en el 67 Miguel Ángel empezó a trabajar y su afición era la bicicleta, aunque no lo decía. Pero un día le compramos una bici de segunda mano. Así, con su paguita, que era muy corta, se fue cambiando las piezas, un día una rueda y después la otra. Con esta afición empezó a andar en bici y participar en muchas carreras. Algunas veces ganaba y me traía un ramo de flores, con la ilusión que a mí me hacía. Pero entrenaba mucho y a veces venía de noche. A mí me parecía que algún camión me lo había matado y pasaba mal rato, pero cuando llegaba a casa todo se me olvidaba.

También Beremundo corría en bici con él. En una de las competiciones se salió en una curva y se estrelló contra un poste de telégrafo. Falleció casi en el acto. Fue un mal golpe para todos, el 1 de mayo de 1971, en Bergara. Ya empezábamos a perder otra vez a jóvenes en la familia, pues más adelante murió en trágicas circunstancias José Luis, hijo de Urbano, con 37 años, de manera que no quiero mencionar. Y en 1979 se fue mi madre. En 1979 se fue Alvina a vivir a Poza para ver si allí tenía más trabajo, puesto que aquí se quedó en paro después de pasar por la enfermedad de un año. Así, vinieron aquí a pasar las Navidades y trajo a mi madre para que pasara aquí el invierno. El 29 de diciembre se nos fue sin decir nada, como mi suegra amaneció muerta. Así seguimos con la mala racha, pues Alvina no tuvo suerte al llegar a Poza, primero se quedó sin madre y lo peor fue que el día 8 de marzo de 1980, tres meses después, murió en accidente con el coche Manolito, su hijo. Así se quedó, sin hijo, ni coche, ni trabajo. Todo se juntó y aun no ha recuperado la alegría de vivir.

El día 9 de abril de 1988 de una embolia murió Poli, mi hermano más joven, de 46 años, de repente, casi en la calle. Y dos meses después, el día 9 de junio, se murió Urbano, mi hermano el mayor, que después de morir mi madre, a los dos años, el 5 de febrero del 81, se enfadó con Catalina, mi cuñada, y se dio un tiro. Pero no se mató, se estropeó toda la mandíbula y así siguió hasta que le salió cáncer. Y con él se fue, sin saber que había muerto Hipólito, pues ya estaba muy malito.

En 1974 Miguel Ángel fue a la mili. En agosto de de 1975 se casó Cristina. Yo fui madrina de su boda, pues como Zárate sólo tenía chicos quería ser el padrino de alguno de ellos. Así, yo fui a Egia y él vino aquí.

En 1977, el día 17 de septiembre nació mi primera nieta, Tania, y era preciosa. Un poco llorona. Luego me la traían aquí. Yo la cuidé hasta que nació Cristian, el 29 de abril de 1981.

El 4 de diciembre de 1980 compramos el coche SEAT 127 SS-6034-N. Entregamos el 127 215-B. Nos abonaron por el viejo 95000 Pts. El nuevo nos costó 376794, incluidas las 95000 del viejo más 10500 que pagamos de engrase y pintura de los bajos. Más, aparte, la matriculación y placas en el automóvil club que pagué 89584, más 9304 de cambio del otro coche amarillo 215-B. Gaztañaga nos hizo un presupuesto para arreglo de la casa que presentamos en el puerto en solicitud de préstamos y nos dieron 50000 Pts a fondo perdido. Es de lo único que nos hemos beneficiado en los 36 años que pasó en el puerto Félix. Luego compramos la plaza de garaje y el bajo, local que luego vendí a Miguel Ángel. Con ese dinero arreglé la cocina y el baño.

El 13 de octubre de 1979 se casó Miguel Ángel y el 29 de diciembre murió mi madre. El 8 de marzo de 1980 falleció manolito, hijo de Alvina. El 3 de mayo de 1980 se casó M<sup>a</sup> Luisa. En un año sucedieron muchas cosas. En abril de 1981 nace mi segundo nieto, Cristian. Era un cielo de simpático y alegre. A este le cuidó M<sup>a</sup> Luisa hasta que nació el suyo. Aunque se adelantó un poco, antes nació Leticia, el 21 de julio de 1982, hija de Miguel Ángel, que ya tenía la tienda de bicis, y de Juani, que también trabajaba. Oliver nació el 4 de septiembre del mismo año, muy hermoso y llorón. Se criaron juntos.

El 15 de septiembre del 85 nació Jonathan. El 4 de junio de 1986 me corté el dedo índice de mi mano izquierda en Poza. Me llevó Félix a Burgos y me tuvieron allí una semana ingresada. Este mismo año nació Sheila, el 11 de agosto, muy rubia y muy bonita, era casi pelirroja, se parecía a su abuelo Diego.

Así se nos han pasado los años. Aunque sí hemos ido todos los años de vacaciones. Este año 86 fui con Juani y Miguel a Canarias. Félix no quiso ir ese año, aunque sí hemos ido a otros sitios, puesto que cada año por San Asensio íbamos a algún sitio.

Yo paso largas temporadas con Félix en Poza. Alguna vez ya me llevé a los de Cristina, no más de quince días. En Poza estábamos muy a gusto. Félix se entretenía en su huerta. Es todo paz y sosiego hasta que empezábamos a coger vainas o tomate, entonces yo tenía un poco más de trabajo para hacer la conserva. Y hasta mermelada, pues en la villa de Begoña, que tiene muchas ciruelas, me suele dar todas las que quiera.

También tengo que decir que hemos hecho vacaciones por España en varias ocasiones. Ya mis hijos eran mayores y se arreglaban bien. El primer año fuimos a Alicante. Siempre íbamos varios matrimonios, con Juli y Vicente Petrina, en 1974. En el 75 fuimos a Palma de Mallorca. Fuimos en bus hasta Barcelona y pasamos a las 12 de la noche en barco a Palma. Vimos amanecer y la salida del sol, que es precioso cómo se refleja en el agua. En Palma lo pasamos bien. Yo mejor que Félix, pues la comida que nos daban en el hotel Horizonte no era de su gusto y no comía todo. En 1976 fuimos a Benalmádena. Se hacían varias excursiones, las que siempre aprovechábamos para ver otras partes. Pasamos a Ceuta, no he visto sitio más sucio, otro día Ronda, y así cada vez a un lado. Recuerdo que al ir fuimos por Granada. Pasamos allí la noche, vimos la Alhambra y la ciudad, y seguir. Otro año fuimos a Sevilla tres días, y por Cádiz, pero sólo a comer en una excursión. Fuimos a Huelva, Punta Umbría. En otra pasamos tres días en Madrid y casi no vimos nada, la Puerta del Sol, la Plaza Mayor y poco más.

En 1979 fuimos Perlora (Asturias). Eran preciosos los sitios que vimos. En la costa tiene pueblos muy bonitos, Luarca, Cudillero, Avilés, Luanco, Candás, y conoces nuevas gentes con las que luego haces amistades y se pasa muy bien. En 1980 fuimos a Panjón, al lado de Vigo. Allí coincidimos con un matrimonio que fue con nosotros a Sevilla y con ellos anduvimos mucho. Y con otros que conocimos en Asturias también anduvimos mucho. Y con estos de San Sebastián, Ignacio y Matilde. A los dos años vinieron con nosotros a Poza. Allí pasaron diez días. Ignacio es muy aficionado a la fotografía y nos hizo muchas fotos por Poza. Fuimos a Sedano, Villarcayo, Briviesca, Burgos y la Bureba.

Ya en el año 1981 se jubiló Félix y desde entonces pasamos seis meses al año en Poza y desde octubre hasta marzo, que nos fuimos a Poza, cuidé de Leticia. Después cogió una chica para cuidarla. M<sup>a</sup> Luisa, como no trabaja, se los cuida ella misma. Aunque sí trabajó desde los 16 hasta los 21 que se casó. Estuvo de dependienta en Arrizar, en papeles pintados. En cuanto se casó la despidieron y se cerró la tienda.

En 1998 hicimos las bodas de oro, 50 años de casados. Hicimos la comida en Versalles, Rentería. Invité a mis hermanos, pero Andrés no vino, tampoco Bene y Víctor. Estuvimos muy bien todos. Al salir nos cayó un gran chaparrón.

Este mismo año compramos el piso en el que vivimos desde que se hizo la casa, en el 49, que la estrenamos nosotros. Y ahora ya se nos van casando los nietos. El 22 de mayo de 2003 se casó Tania. Y Cristian, el hermano, se casará en marzo de 2007. Así ya van colocándose y dejando el hogar materno, ya que Leticia también se ha independizado. Compraron su piso en Rentería, ya vive en él. Y Oliver también lo compró en Arrizar, y poco a poco, uno tras otro, ya se han hecho mayores.

En el año que acaba de pasar se hizo el nuevo tejado de la casa de Poza. También se blanqueó todo el piso de aquí y otras pequeñas cosas, como renovar el tresillo de la sala, los colchones de 105, y con alegría pasar bien las fiestas de primeros del año 2007 todos con salud.

Resumen de mi vida a lo largo de mis 80 años cumplidos, en los que con cuatro años conocí una Republica de la que poco recuerdo, con nueve una Guerra Civil y los desastres que cometieron. Y ahora quieren descubrir los restos de los cientos de personas que murieron en esta contienda y que nos dejó una dictadura de 40 años y más de 12 años de racionamientos escasos y malos alimentos, cuyas secuelas aún ahora las pagamos con la salud deteriorada y los huesos molidos, pues he trabajado mucho sin recompensa, sirviendo desde los 13 años fuera

de casa y después de casada, hasta que nació mi primera nieta. Y como no teníamos Seguridad Social nunca cobré ni un céntimo por no haber cotizado. Así, ya ahora tengo mis seis nietos preciosos a los que vi nacer, y unos se van casando, otros se juntan, pero todos están bien colocados. Ya cuatro con su piso y su independencia. El chico joven, Jonathan, es un trasto, pero muy cariñoso, y la más joven, Sheila, que es universitaria, es un cielo de niña, muy estudiosa, formal y responsable, pues por este otoño pasado ha estado en Italia y vino por Navidades muy contenta.

Ellos y nosotros nos hacemos mayores, ellos para disfrutar su juventud y Félix y yo lo que nos queda de vida, pues ya somos viejitos.